

INCÓGNITA

JUSTO
SIERRA





NOVELAS en **TRANSITO**

Esta colección ofrece un recorrido indispensable por la novela corta en México. Las primeras historias ven nacer el México independiente; las últimas, el país que surgió de la Revolución armada de 1910 y sus consecuencias culturales. No importa que las novelas vayan ligeras de equipaje, seguramente el viaje será largo.

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com



CULTURA  **FONCA**
SECRETARÍA DE CULTURA

INCÓGNITA

JUSTO SIERRA

Karla Ximena Salinas Gallegos
Presentación, edición y notas

Novelas en Tránsito
Segunda Serie



La novela corta. Una biblioteca virtual

www.lanovelacorta.com

NOVELAS EN TRÁNSITO

Segunda Serie

Gustavo Jiménez Aguirre, *director*

CONSEJO EDITORIAL

Gabriel Manuel Enríquez Hernández, Verónica

Hernández Landa Valencia, Gustavo Jiménez Aguirre,

Elíff Lara Astorga y Luz América Viveros

ASISTENCIA EDITORIAL

Braulio Aguilar Velázquez y Karla Ximena Salinas Gallegos

Justo Sierra, *Incógnita*

Primera edición digital: 28 noviembre de 2018

D.R. © 2018 Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Filológicas

Circuito Mario de la Cueva, s. n.

Ciudad Universitaria, C. P. 045 10, Ciudad de México.

Esta publicación se realizó con apoyo del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes a través del Programa de Fomento a Proyectos y Coinversiones Culturales 2017.

Diseño de la colección: Andrea Jiménez

Ilustración de portada: Abraham Bonilla Núñez

ISBN: EN TRÁMITE (de la colección)

ISBN: EN TRÁMITE

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Se permite descargar e imprimir esta obra, sin fines de lucro.

Hecho en México.

ÍNDICE

Presentación. X o la incógnita de Justo Sierra	
<i>Karla Ximena Salinas Gallegos</i>	5
<i>Incógnita</i>	
Tú sabías, dulce y santa criatura	21
I. De los pies a las cejas era un hombre vulgar	23
II. Era una tibia noche de la entrada de la primavera	27
III. Las paredes del aposento	37
IV. El discípulo de Paracelso	43
V. Un abuelo a quien parecía estorbar	51
VI. Nada dijo durante muchos días al doctor	61
VII. Cuando se encontró sola con Víctor	65
VIII. Nuestro malaventurado doctor	69
Noticia del texto	73
Justo Sierra. Trazo biográfico	75
Notas	77

PRESENTACIÓN

X o la incógnita de Justo Sierra
Karla Ximena Salinas Gallegos

Justo Sierra (1848-1912), a sus veintitrés años, publicó *X. Cuento* (1871) en la revista *El Domingo* (1871-1873), texto que después recopiló con otras narraciones suyas en *Cuentos románticos* (1896) y al que decidió rebautizar como *Incógnita*, cambio significativo, pues asocia de forma más clara, a lo largo de la historia, esta palabra con su acepción en el campo matemático: valor que necesita conocerse para resolver una ecuación, la cual es, al final del día, la abstracción de un problema. La afirmación anterior se evidencia desde el texto introductorio dirigido al personaje femenino principal: “Un Dios piadoso rompió entonces para ti esa crisálida de la muerte que llamamos vida y... ¿está resuelto para ti el problema? O lo está o el problema no existe”. Así las cosas, en las siguientes líneas invito a explorar algunas vías para abordar la ecuación que representa la lectura de esta novela corta.

Sumemos el primer dígito. Uno de los aspectos sobresalientes en *Incógnita* es el aprovechamiento de la imaginería en torno al espiritismo. Temática que también abordan autores como Pedro Castera (1846-1906) —pensemos en su cuento “Un viaje celeste” (1872) y en su novela *Querens* (1890)— y Santiago Sierra (1850-1880) —hermano de nuestro autor—, ambos miembros de la Sociedad Espírita Central de la República Mexicana, fundada en 1872, y también colaboradores de *El Domingo*, revista literaria guiada por el polaco-francés Gustavo Gosdawa Gostkowsky (ca. 1840-ca. 1901), a quien Sierra conoció en 1863.

Comencemos a resolver la ecuación. ¿De qué va el espiritismo? En palabras de Allan Kardec (1804-1869), el espiritismo es una doctrina basada en “las relaciones del mundo material con los Espíritus o Seres del Mundo Invisible”.¹ Su versión moderna tuvo origen en los Estados Unidos con las comunicaciones extraterrenales de las hermanas Fox: Catherine, Margaret y Leah.

Identifiquemos la constante. El joven Sierra, junto a otros intelectuales, incluido su hermano Santiago, buscaba respuestas en un país caracterizado por las violentas luchas de poder en el periodo postindependentista y por su relación tensa con el resto del mundo, producto, entre otros factores, de la política intervencionista de países europeos y de los Estados Unidos, cuyo resulta-

do más reciente había sido la instauración del Imperio de Maximiliano de Habsburgo (1863-1867).²

Para comprender la vía en que Justo Sierra tuvo acceso a las propuestas espíritas y esotéricas, en general, y cómo le sirvieron de eje compositivo para *Incógnita*, es necesario hablar brevemente del contexto mexicano y del recorrido vital e intelectual del escritor hasta 1871.

En Campeche, su ciudad natal, Sierra tuvo una educación básica altamente permeada por la cultura francófona. El dominio de la lengua francesa le permitiría tener acceso, de acuerdo con Candelaria Arceo de Konrad, a textos de Víctor Hugo (1802-1885) y Théophile Gautier (1811-1872),³ “espiritistas rabiosos”, como califica la voz narrativa al personaje principal de *Incógnita*. La biblioteca de su padre, Justo Sierra O’Reilly (1814-1861), en Mérida, “según ciertos indicios, además de las obras de clásicos europeos y de obras jurídicas, debía contener una buena colección de románticos franceses, ingleses y españoles”.⁴ La lectura de estos textos en ocasiones significaba el acercamiento a una escritura simbólica que abrevaba de distintas disciplinas (astrología, hermetismo, alquimia, etc.), las cuales recibieron un nuevo impulso en el siglo XIX y comenzaron a ser reconocidas, en su conjunto, bajo el nombre de “esoterismo”.

Las preocupaciones de Sierra Méndez en torno a la religión surgieron en él desde muy temprana edad.

Parece ser que en su hogar confluía, por una parte, una visión romántica, la cual se puede caracterizar por las incertidumbres generadas a partir del proceso de secularización potenciado y acelerado en el siglo XVIII, y por la sensibilidad exacerbada en búsqueda constante ocasionada por el alma escindida, aspectos que le serían transmitidos a través de libros, pinturas y visitas que recibía su familia gracias a la influencia de su padre;⁵ y por otra, una postura religiosa muy tradicional: “recibió de su madre la fe; [...] su padre, a pesar de su credo liberal, era igualmente ‘un católico ferviente’”.⁶ A los trece años quedó fascinado por la obra de Renan en torno a la vida de Cristo.

Sierra llegó a la capital en 1862 para estudiar en el Colegio de San Ildefonso. Todas las lecturas y las noticias del acontecer nacional que llegaban a él avivaban su espíritu reformador.⁷ La educación en ese recinto trenzaba aún la ciencia con la religión, a pesar del triunfo de la Reforma, profundizando dentro de su “yo” de quince años una serie de contradicciones: “El surco que trazaba la ciencia en su espíritu hacía entonces vacilar su fe”.⁸ A todas estas tensiones, venía a sumarse la llegada de Maximiliano (1832-1867) y Carlota (1840-1927) a México, el fusilamiento del primero en el Cerro de las Campanas en 1867 y la búsqueda de un nuevo orden a partir de una política positivista.

El positivismo en México, desde la lectura que ofrece el filósofo Leopoldo Zea (1912-2004), se erigió como una respuesta necesaria para un grupo social, la “burguesía” mexicana, ávida de consolidar y perpetuar su poder mediante la máxima de “orden y progreso”. Los presupuestos filosóficos del positivismo, que, a grandes rasgos, sostenían la supremacía de la ciencia y la idea de la evolución —proceso capaz de facultar más a unos seres humanos que a otros—, fueron integrados, poco a poco, al sistema educativo mexicano por Gabino Barreda (1818-1881), bajo las órdenes de Benito Juárez, y, a la postre, por el mismo Justo Sierra. En este contexto florecieron, sobre todo en los círculos intelectuales, prácticas asociadas con el espiritismo y la tradición hermética.

Existe cierto consenso acerca de que la doctrina espírita comenzó por desarrollarse en México en la década de los cincuenta del siglo XIX, gracias, en buena medida, a la distribución de la *Revue Spirite*,⁹ publicación parisina. “El espiritismo, en consonancia con el ocultismo de la época, no estaba peleado con la ciencia, sino que pretendía usarla en su paradigma sincrético: unir ciencia y religión, esto es, una actitud acorde con los nuevos tiempos de secularización”.¹⁰ Por ese motivo, fue bien acogido por las personas que estaban en contra de reducir al ser humano a su materialidad y, al

mismo tiempo, querían conciliar la razón y el método científico —banderas positivistas— con la idea de un alma trascendental.

En aquel periodo, existieron numerosas publicaciones de corte totalmente espiritista, como *La Ilustración Espírita* (1872), y algunas que permitían e incluso alentaban el desarrollo del tema entre sus páginas, como la mencionada revista literaria *El Domingo*. Fue en ésta donde Justo Sierra publicó *Incógnita, Confesiones de un pianista* (1872-1873), así como algunos poemas y artículos; uno de ellos dedicado a la figura de Gautier. En aquélla, Santiago Sierra colaboró, por ejemplo, con traducciones de algunas secciones del himno X del *Rigveda*, el poema “Luz en el alma”, la novela corta *Flor del dolor* —también disponible en este portal— y la traducción de “El materialista”, de Valentín Tournier, estos tres últimos de corte espírita. Entre los textos con esta temática, también se puede encontrar lo que parece ser una novela corta titulada *El sueño de la magnetizada*, de Francisco Sosa (1848-1925) y “Un viaje celeste”, de Pedro Castera.

La apertura de Justo Sierra al espiritismo, en efecto, fue indisociable de la figura de su hermano. Ambos fueron miembros de la Sociedad de Libre Pensadores, la cual estaba motivada por ideales liberales, plasmados en su órgano difusor, *El Libre Pensador* (1870), donde

los hermanos colaboraron. En 1871 ingresaron como miembros de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. Para 1872, Santiago fungió como redactor principal de *La Ilustración Espírita* y fue uno de los fundadores de la Sociedad Espírita Central de la República Mexicana. La orientación ideológica de Santiago para este año estaba clara.

Cabe añadir que, tiempo después de la publicación de *Incógnita*, en 1875, se suscitó un debate en torno al “Materialismo y espiritualismo” —el espiritismo incluido dentro de este último término— al interior del grupo de El Liceo Hidalgo, en el que Justo Sierra ostentó una orientación marcadamente positivista, que cuestionaba la falta de comprobación científica de los principios espíritas.

Ahora apliquemos algún teorema. Con el esbozo anterior, podemos analizar algunos aspectos de *Incógnita*. La narración comienza con la presentación del doctor Rafael Montero, un médico-mago al estilo renacentista, es decir, un hombre equipado con conocimientos de alquimia, astrología y otras ramas esotéricas, auténtico heredero de Paracelso (1493-1541) y de los anhelos faústicos de la verdad suprema.

La búsqueda principal del doctor radica en encontrar otra alma, aquella que está destinada a la suya para sentirse completa. Esta idea está más en sintonía con

el hermetismo que con el espiritismo kardeciano, pues habla de la simpatía de los espíritus pero no cree en el sexo de éstos ni en su complementariedad, ya que cada espíritu se piensa como algo completo por sí mismo, unido a todos los demás espíritus.

La doctrina hermética fue elaborada presuntamente por Hermes Trismegisto en el antiguo Egipto, aunque el estudio de los escritos herméticos más bien apunta a una creación griega colectiva realizada en los siglos II y III d. C. con cierta inspiración en el mundo egipcio. Sus textos principales son el *Asclepius* y el *Corpus Hermeticum*. En el primero se expone la religión egipcia, así como la profecía de su extinción, y el segundo es un conjunto de tratados que describen la creación del mundo y

la ascensión del alma a través de las esferas de los planetas que hace al reino divino, o bien proporciona descripciones extáticas del proceso de regeneración por medio del cual el alma consigue librarse de las cadenas que la atan al mundo material y queda impregnada de virtudes y poderes divinos.¹¹

El amor, la añoranza por Lácrima, la joven de quince años revelada por los espíritus, podría considerarse producto del proceso de caída que describe el herme-

tismo: el alma descendió y asumió el cuerpo mortal, el cual está bajo el dominio de las estrellas y padece la separación de las almas en los dos sexos.¹² Al encontrarse, dos almas purificadas pueden tener acceso a la Unidad, a Dios. “Dos es Dios; de dos brota fuego, el ser sin mancha. Dos es Amor, Amor es Dios”, lee Montero en el papiro egipcio del libro de la *Sabiduría*. Esta idea de la necesidad de otra alma y su fusión se manifiesta, en mayor o menor medida, en los otros textos de Sierra; además, es una creencia que puede rastrearse hasta el postulado platónico del andrógino, el cual experimentó transformaciones y énfasis diversos a lo largo de la historia, con una revitalización particular en la mentalidad decimonónica.¹³

Antes de comenzar una ascensión hermética, el doctor Montero, a quien las almas ayudan a revelar ciertos secretos del mundo, con ayuda de una sustancia peculiar (“un brebaje negro”), es capaz de realizar la levitación de la mesita de su salón de trabajo. Ésta es una escena posible desde el punto de vista del mesmerismo, que puede definirse como:

la exhibición de un poder que afecta a los demás, tiene la capacidad de influenciar y antecede por mucho tiempo el período de Anton Mesmer. A algunos de sus fenómenos se les llaman Hipnotismo y Magnetismo.

Este último deriva del hecho de que la persona sobre la cual se opera, algunas veces sigue la mano del operador, como un imán atrae la limadura de hierro.¹⁴

El narrador en la descripción de este poder energético sobre la materia exhibe el esfuerzo físico, el alto nivel de concentración que posee el doctor para realizar la operación, así como un acercamiento casi microscópico de lo que le sucede al velador: “Algunos instantes más, y las fibras, los nervios, los filamentos todos de la madera palpitaban, se torcieron, sollozaban de una manera tenue, pero dolorosa, parecían gemidos de un niño que venía de muy lejos, de muy hondo. El velador estaba epiléptico”. Esta descripción resulta estimulante, sobre todo por el cambio de perspectiva de la escena, pues a veces el foco es la mesa de madera, otras el doctor y, otras más, lo que sucede en el exterior de la casa con el paisaje natural, donde se configura la atmósfera perfecta para que el doctor efectúe sus prácticas.

Después de este suceso y de consultar sus pergaminos, Montero se automagnetiza. En el siguiente capítulo el lector es testigo de su ascensión, producto del éxtasis. El alma del hombre flotando en el universo puede contemplar desde muy lejos la Tierra. El viaje no es solitario, a Montero lo acompaña una voz, “el espíritu infatigable que flota en torno al vasto universo”. Este

hecho formal, es decir, el diálogo sostenido entre estas dos voces, además de ser un mecanismo seleccionado para la historia, se vincula con la estrategia empleada en los textos herméticos donde la voz de Pimandro, que es la de la luz, del *Nous*, de Dios mismo, guía a Trismegisto en el conocimiento del mundo.¹⁵

El sabio nos hace conocer mediante su discurso que cree en la reencarnación y en los múltiples mundos, hecho que ubica al texto en la rama del espiritismo kardeciano, pues fue Allan Kardec quien incorporó a los presupuestos espíritas estas ideas: “El Universo comprende la infinidad de los universos que vemos y los que no vemos, todos los seres animados e inanimados, la totalidad de los astros que en el espacio se desplazan y los fluidos que llenan este último”.¹⁶ Ésta fue la modalidad de espiritismo más aceptada en territorio mexicano, cuya influencia puede ser rastreada en personalidades de las siguientes generaciones, como Francisco I. Madero.¹⁷

¿Y si intentamos elevar al cuadrado? La novela ocurre de modo lineal; aunque hay algunas analepsis en los diálogos de los personajes, mediante las cuales nos enteramos de la llegada del “alma amiga” de Montero a la tierra, quince años atrás, y de las penurias que ésta ha experimentado durante su existencia, tal vez condensadas en su nombre: Lágrima.

Por otra parte, el espacio más distendido de la novela corta, a comparación del cuento, permite la convivencia prolongada entre estrategias textuales pertenecientes a otros géneros. En *Incógnita* se observa una escena escrita al modo dramático prototípico, con acotaciones y diálogos con marcas para cada personaje. Este hecho, además de constituir un ejemplo de procedimientos seguidos por Justo Sierra en otras narraciones, en especial en otras novelas cortas —donde juega particularmente con el género epistolar—, dentro de la trama contribuye a cambiar la atmósfera del encuentro entre Rafael y Lácrima.

Tal vez debemos probar con derivadas de primer orden. Es necesario destacar algunas características de lo que ocurre en *Incógnita* para la construcción de Lácrima. Se trata de una joven con un carácter activo en su proceder. El narrador muestra, tal vez en un ejercicio de la figura del doble que se reafirmaría con fuerza a través de la pluma de los decadentistas, a una quinceañera con una búsqueda personal, cuyo objetivo principal ha sido comunicarse con su madre, que la dejó huérfana de nacimiento. El doctor Montero busca el amor, y en él, la respuesta final sobre el mundo; Lácrima pretende alcanzar la revelación matricial... ambos quieren conocer el origen, la respuesta a la incógnita, y no sólo lo desean, trabajan para conseguirlo. Por ello, Lácrima, a

pesar de su don natural de comunicación con los muertos, continúa su camino de iniciación en el espiritismo, “amadrinada” por su amiga europea Libye.

Debe recordarse que el espiritismo, desde sus inicios —con las hermanas Fox—, junto a la masonería (al menos en España, con figuras como la de Emilia Pardo Bazán), fue uno de los espacios de intervención ideológica donde la mujer tuvo oportunidad para alzar la voz a favor de la razón y la libertad, cuestión que fungió como parte de los constantes esfuerzos hacia la consolidación de los feminismos. De hecho, fue una mujer, Madame Blavastky (1831-1891), quien fundó la teosofía moderna, corriente religiosa producto de sus reflexiones sobre el espiritismo y las filosofías orientales, difundida a la postre por su discípula Annie Besant (1847-1933). Asimismo, se puede mencionar a Hellen White (1827-1915) en los Estados Unidos, cuyas visiones y prolífica pluma condujeron a la consolidación de la Iglesia Adventista del Séptimo Día.

En la concepción espiritista, “ambos sexos podían desarrollar la facultad del trance, la mujer lo hace mejor, dada su pasividad innata, propia del sexo femenino —según el criterio sexual de la época—”.¹⁸ Se trata de una situación dialéctica: la pasividad deviene en actividad del sujeto femenino, pues, si bien existen en la literatura de tema espírita, y en la misma *Incógnita*, mujeres

magnetizadas por hombres mediante las cuales habla el mundo de los espíritus, también cabe la posibilidad de que ellas tengan comunicación consciente y a voluntad con ese universo —como sucede con Lácrima— o que sus almas establezcan contacto con sus amados en la tierra como hace Spirite, en la novela homónima de Théophile Gautier,¹⁹ o la madre de Lácrima en la visión que la joven experimenta casi al final de la historia. Mujer: medio, sí, pero también sujeto experimentador.

En fin, apliquemos el límite para que mis palabras tiendan a cero. ¿Logrará Rafael Montero resolver la ecuación? Lo seguro es que nuestro mago pondrá en juego toda la sabiduría que posee, reflejada en su frente amplia y surcada, para tal vez así encontrar la respuesta a la incógnita donde menos se lo imagina.

INCÓGNITA

A Francisco Villaseñor

Tú sabías, dulce y santa criatura que descansas en una inmensa tumba anónima, lejos de la isla espléndida cuyas brisas mecieron tu hamaca infantil, tú sabías mirar más allá de los horizontes limitados del mundo y, soñando con algo viviente más allá de tus suspiros, buscabas el modo de huir de nuestra impura atmósfera, sin dejar un solo jirón de tu inmaculada veste entre las garras de la esfinge. Mas ella, como el Smarra de Nodier,²⁰ se sentó sobre tu propio corazón y la tremenda pesadilla de la existencia oscureció tu alma y tu ruta... Un dios piadoso rompió entonces para ti esa crisálida de la muerte que llamamos vida y... ¿está resuelto para ti el problema? O lo está o el problema no existe.

*Vale in aeternum.*²¹

De los pies a las cejas era un hombre vulgar, en alto grado vulgar, el doctor Rafael Montero. Digo hasta las cejas porque entre éstas y la fracción de atmósfera que cubría su cráneo liso como una bola de billar, el doctor tenía la frente. Y, bajo mi palabra de honor, aquélla era una frente admirable, llena de prominencias y precipicios, pero no deforme, sino, al contrario, resumida en un total armónico; sus profundos surcos indicaban que el arado del pensamiento había sido en ella un arado de hierro.

Tenían sus ojos esa especie de atonía de los acostumbrados a ver el cielo al través del telescopio. Porque era un médico singular don Rafael Montero; sus colegas estudian generalmente la naturaleza en los átomos, él la estudiaba en los mundos; creía en la astrología. En las poquísimas veces que había sido consultado, en vez de tomar el pulso al paciente, se informaba del año, mes, día y hora en que había nacido y una vez determinadas las influencias siderales que obraban y reobraban sobre el individuo, a fuer de discípulo del gran Paracelso, caía

en hondos arrobamientos o éxtasis, durante los que el visitante tomaba su sombrero o su sombrilla y dejaba al médico en conversación con el anillo de Saturno. Cuando volvía en sí, el doctor se encogía de hombros con un movimiento de desdén indecible y, dirigiéndose a su laboratorio, desleía en una cucharada de agua una gota de un brebaje negro, que daba al líquido un rutilante color de sangre, y la apuraba para reparar la fuerza vital perdida en su meditación última; enseguida volvía a sus pergaminos, que le eran caros y le costaban caro.

El astrólogo —¿por qué no lo hemos de llamar así?— había copiado en Nápoles uno de los carbonizados papiros de Herculano,²² que había resultado una obra medical egipcia que descifraba el sabio con la clave de Champollion. El escrito atribuía a la noche el origen de todos los males y ponía en el sol la fuente de todos los bienes. Esta obra se llamaba como todas quisieran llamarse: *Sabiduría*.

Otra particularidad tenía nuestro hombre: era un espiritista rabioso. Marta, su ama de llaves, fresca y hermosa casi, a pesar de sus cincuenta próximos, aseguraba haber oído rumores de voces de *gente que no había entrado* en el cuarto de aquel *santo varón*, como solía llamarle.

—Señor —le decía ella en tono de broma—, anoche estuvo el Diablo en su cuarto de usted.

—Marta —contestaba el doctor con su enigmática sonrisa—, el Diablo está aquí; lo tenemos dentro; el hombre es el Diablo. (Suponemos que el doctor comprendía a la mujer en el vocablo).

Como todos los sabios, el nuestro tenía un sobrino, un parisiense, que había vivido largos años en Europa con su segundo padre y había aprendido mucho más que su tío, que no salía de la Sorbona y el Colegio de Francia. Los cursos a que el sobrino había asistido se daban en los bastidores de los teatros del *boulevard* y en los bailes públicos; no eran cursos gratis, pero el doctor era riquísimo. Este joven había traído de Francia un poco de *esprit*, de ese que se vende a diez céntimos el volumen en los gabinetes de lectura; decía que el dinero era “lastre del frágil barco de la vida”, y cuando algún amigo tropezaba con él en alguna aventura nocturna y le preguntaba por su tío:

—Lo he dejado haciendo el oso a la Osa Menor —contestaba.

Este sobrino se llamaba Víctor.

Era una tibia noche de la entrada de la primavera; el doctor volvía de su paseo vespertino, un poco fatigado, mas de excelente humor. Marta preparaba sobre una mesita del salón de trabajo el té en un elegante aparato de Christoffle. El cielo, jaspeado por unas vetas pálidamente violadas, encendía sus mil luciérnagas de oro en el espacio. Por encima de los frondosos fresnos de la huerta, acechaban tímidas algunas estrellas. La penumbra que anegaba los sembrados hervía en rumores misteriosos, dominados por el chirrido metálico e intermitente del grillo. Las lomas se velaban para dormir con los vapores opalinos del crepúsculo; aquí y allí se percibían las luces encendidas en las chozas de barro; el ruido trabajoso y desapacible de una carreta que subía al cercano molino, los balidos de un rebaño de cabras que corrían por las veredas tras el cencerro cascado y melancólico, y los ladridos de los perros, que empezaban cuando acababa el canto de los pájaros, parecían manifestaciones medio fantásticas de la soledad y de la sombra.

Marta se puso a rezar al oír en la iglesia vecina sonar la oración y el doctor se puso a pensar, así oraba.

—¿Recuerdas, Marta, la noche del 9 de marzo de 1865? —dijo el doctor de improviso—. ¿Aquella noche en que creíste que una legión de almas en pena había venido a mi cuarto?

Y sin hacer caso de la contestación de Marta, que se había puesto pálida, continuó:

—Quince años hace hoy; sí, hoy la encontraré; los espíritus no saben, no pueden mentir; el único mundo de la mentira es éste. ¡Qué noche, qué noche! Tú viniste espantada a verme... ¡Oh!, mi buena Marta, entonces eras joven y guapa...

Marta miró al médico con expresión indefinible. Éste proseguía cada vez más ensimismado:

—En este mundo la vida del alma debe ser par, debe ser a dos para ser completa. No hay almas solas, hay almas solitarias. Si un alma no encuentra en la tierra su complemento, lo encontrará en otra parte. Las ideas impregnadas del fluido vital, de que habla Van Helmont, van a despertar al través de las distancias, al través de los tiempos, correspondencias simpáticas que dormitan en otras almas;²³ a esto llamaba Baltasar Gracián: “el parentesco natural de los espíritus y los corazones”.²⁴

Marta acercó al doctor una taza aromática de té de caravana, puso junto a la taza el limpio frasco de

anisado de Mallorca y salió de puntillas. El sabio sorbió lentamente la poción refrigerante, luego dejó la taza sobre el velador y colocó la mano sobre él. Poco después un estremecimiento extraño se apoderó del delicado mueble; parecía que las vetas de la caoba se dispersaban en un abanico fantástico y ondulante como si sus moléculas, repentinamente disgregadas, tendiesen a pasar al estado líquido. Algunos instantes más, y las fibras, los nervios, los filamentos todos de la madera palpitaban, se torcían, sollozaban de una manera tenue, pero dolorosa, parecían gemidos de un niño que venían de muy lejos, de muy hondo. El velador estaba epiléptico.

En los pliegues de la frente del doctor se reflejaban y repetían las convulsiones de la mesa; ya se contraían tempestuosas sobre sus abultadas cejas, ya se esparcían como nubes dispersadas por el viento al impulso misterioso de una irradiación interior.

Espesos nubarrones habían invadido una ancha porción del cielo, y la luna, escondida tras ellos, plateaba las orlas del celaje, que así parecía un paño fúnebre. Las estrellas parecían miradas que convergían atentas hacia aquel grupo negro, como si en su seno se consumase algún misterio. A la luz de los silenciosos relámpagos se veían desprenderse de aquella masa sombría largos jirones sutiles de vapor negro que recibían un beso de la oculta luna y se desvanecían suavemente en el espacio.

El doctor se incorporó, su mano rígida se desprendió con esfuerzo violento de la mesa y una especie de sonrisa se dibujó en sus delgados e inexpresivos labios. El doctor sonreía porque había vencido a la materia; la mesa, siguiendo la dirección de su mano que obedecía a su voluntad, se había desprendido del suelo y oscilaba en el aire.

—Obedece —exclamaba el magnetizador—, obedece al espíritu, esclava para quien no sonará jamás la hora de la emancipación. Si yo quisiera con sólo una mirada podría arrojarte a la cara de los necios que hacen burla de mis ideas; yo les mostraría que tú, pobre astilla de árbol, sirves de pedestal a esos seres que la Antigüedad llamó ángeles; que eres un tramo de la escala de Jacob,²⁵ que los hombres pretenden truncar y romper por la mitad quedándose sólo con la parte apoyada en la tierra, para aislarse en su cenagal y su fango. Y bien, vivid en él, vivid, hongos saturados de veneno, vivid, parásitos del árbol social que os llamáis *aristócratas* y que no sois más que la aristocracia del vicio; vivid, hombrecillos perfumados que os figuráis representar en la farsa de la vida el papel de Juvenal, el gran poeta romano del castigo, cuando sólo alcanzan vuestras fuerzas para soportar la máscara de Polichinela. Tenéis razón en injuriarme, mi horizonte es demasiado vasto para vuestra miopía; tenéis razón en negar que el

alma es inmortal, la vuestra está sujeta a la muerte. El derecho a ser inmortal es un premio en la lucha de la existencia; la inmortalidad es la perfección y poco es para alcanzarla la vida en la tierra, que es un minuto en la historia de los seres.

”Si de vuestro cerebro brota un destello, si de vuestro corazón nace un sentimiento, luchad por conservarlos, pelead sin tregua por elevarlos más y más; que en esa ascensión penosa hacia el ideal, aquellos a quienes amedrentan los escarpados picos del Tabor en donde las águilas hacen sus confidencias al cielo, esos débiles que bajen, que huyan hacia las zonas de las flores y del perfume, que desaparezcan; sus almas se evaporarán en el vacío. Porque las almas son como los granos de *pollen* que llevan las auras; de cada millar uno o dos se convierten en plantas, los demás se reducen a polvo. ¡Eh!, vosotros, apresuraos a morir, estáis robando a la naturaleza elementos que necesita para más felices combinaciones”.

Y el buen doctor, como si se dirigiese a un auditorio de enemigos, levantaba su mano crispada y amenazadora; sus cejas se erizaban como la cola de un gato; en el fondo, muy en el fondo de sus apagados ojos, se iba encendiendo una llama azulosa y las sienas le latían como si en las paredes de su cráneo se estrellase una oleada de sangre. La mesa daba en el aire saltos fantás-

ticos yendo de un lado a otro del aposento, cual si un enjambre de geniecillos invisibles se divertiera en jugar con ella a la pelota. Sin embargo, a medida que el doctor se serenaba, el mueble magnetizado iba recobrando su aplomo y, cuando su dueño se dejó caer sobre el sillón, apenas conservaba algunos estremecimientos. Parecía entonces al sabio que las nubes se abrían para dar paso a un tropel de fantasmas. Al principio sólo percibía contornos indecisos, movimientos cadenciosos y vagos de la oscuridad; pero aquellos lineamientos tomaban cuerpo, venían... venían...

La ventana que daba a la huerta se abrió sin ruido como empujada por una mano de mujer; luego la lámpara se apagó suavemente. Apenas iluminaba la estancia el fulgor lívido de la llama de alcohol que Marta al retirarse había dejado sobre una cómoda de Boulle. La tapa de la tetera, levantada sin cesar por el vapor del bullente líquido, producía un ruido continuo semejante al tictac de un reloj. El doctor pensaba, he aquí lo que pensaba el doctor:

“Hace quince años llegó la hora fijada por los astros. A las doce de la noche el alma que es parte de la mía, la Eva espiritual prometida por el cielo a los que creen, el complemento de mi ser que, según los oráculos, debía encontrar en esta tierra, apareció para mí. Marta recuerda bien aquella noche solemne; la llegada

a este mundo de mi coespíritu se anunció faustamente: Víctor, mi sobrino, que había nacido idiota, adquirió súbitamente la inteligencia. Como si quisieran los genios hacer llegar hasta los seres queridos para mí la irradiación del alma esperada, del ser en que, como una burbuja de oro en crisol inmenso, se perdía mi pobre ser embargado por el éxtasis.

”Ese viejo pergamino, en que está escrita la sabiduría, me había revelado el secreto. Las almas gemelas rara vez cruzan juntas las esferas del dolor; tal premio sólo se concede a quienes, en sus existencias anteriores, han creído siempre y obtienen al fin, por recompensa, en esta vida, ser iniciados en los grandes misterios de la naturaleza. ‘Aquel que crea en la naturaleza obtendrá de la naturaleza según la extensión de su fe’, ha dicho Paracelso. Mi alma ha abierto su cáliz, es cierto, después de la edad del amor; mi alma ha sido una *Mesembryanthemum*, la flor de la tarde, pero eso es porque tomo mi vida actual por término de comparación; mas en la eternidad, que es la verdadera edad del alma, no hay tarde, el sol no declina, el sol está siempre en el cenit. Allí entra un día en la constelación del amor. ¡Oh!, Unidad, cuya fórmula para ser perceptible al hombre es la dualidad; dualidad santa que, escondida o manifiesta, te revelas en toda la creación, que en todas partes estás, hasta en la muerte, como la luz del sol está dondequiera

hasta en la sombra; ¡santa ley de amor, yo te bendigo!”.

Y el doctor se dirigió a su gabinete con pasos de sonámbulo; tomó la traducción del papiro egipcio y deletreó, que no leyó, estas frases cabalísticas:

“Dos es Dios; de dos brota el fuego, el ser sin mancha. Dos es Amor, Amor es Dios. Dios es la llama que todo lo vivifica, en la que todo vive. Adora’. Tú verás, hijo de la fe, verás más allá de lo que rodea a este mundo; tu dios interior proyectará su luz blanca por delante de ti. Cree, cree siempre, hijo de la fe, cree porque la fe es el puente por donde pasan todos los predestinados, fino como la arista de hierro que corta el vello de tu barba, pero al cabo del cual está el paraíso. Adora. Adora a la que venga hacia ti de la constelación del amor, de Géminis; vendrá en la noche y la noche arrojará una gran luz, las estrellas cadentes serán su séquito porque son almas errantes como ella en busca de sus dobles, que no se detienen en la tierra. Cuando llegue la mitad de la noche y un instante más, vendrá hacia ti el alma de tu alma”.

”Ya ha venido, sin duda —se interrumpió el doctor—, ha entrado en esta habitación, me ha mirado con ojos cariñosos y luego ha ido a nacer quién sabe en dónde. Del foco de un astro bendito que brilla en el cielo lo mismo esta noche que aquélla, hace quince años hoy, bajó como envuelta en una espiral de oro. Ciertamente es que

esta espiral venía envuelta en otra de sombra; es cierto que según este libro divino pueden venir dos almas a la vez del cielo, una en la luz y otra, su otra ella, escondida en la sombra, y esa otra hecha de tiniebla es un espíritu de mal. Mas la luminosa visión de aquella noche no podía unirse con nada sombrío. Y luego, ¿no sentí acaso todas las señales, iba a decir los síntomas, que indica mi divino libro para conocer la proximidad de nuestra otra alma? Ya se había perdido en el horizonte la línea luminosa y yo contemplaba aquella irradiación divina brillar en mi fantasía. Marta vino a hallarme en los últimos límites del éxtasis; un minuto más y el hilo que unía mi espíritu a la materia se rompía como la hebra sutil de una tela de araña y tornaba yo al cielo y al espacio, al gran laboratorio en cuyos alambiques fui un átomo lentamente transformado de existencia en existencia. En fin, hoy se cumple el plazo, hoy debo verla. ¿En dónde? ¡Decídmelo, espíritus!”.

El doctor tendió los brazos, pronunció con sobrenatural dulzura una frase incomprensible; luego cerró los ojos y cayó dormido en su sillón. Se había magnetizado a sí mismo.

III

Las paredes del aposento, como fundidas por un fuego devorador, tomaron un color de púrpura, después se hicieron translúcidas y color de rosa; la alfombra, a la vez, se esponjaba y encrespaba con la apariencia de una nube borrascosa; como si la moqueta hubiese sido arrancada del piso, algunos jirones de lana flotaban bañados por el lampo plateado de la luna; hubiérase creído que la habitación entera ascendía en el espacio, que en las regiones altas de la atmósfera se adelgazaba hasta tomar la apariencia de un cubo formado por seis planos de cristal, tan tenue que bastó el calor del corazón del doctor para licuar mobiliario y paredes, que cayeron convertidos en gotas de rocío sobre las plantas de la huerta.

El sabio se sintió, desde aquel momento, profundamente solo, a una inmensa altura, con el libro de la *Sabiduría* bajo el brazo y en pie y firme sobre las ondulaciones del éter. Habría podido realizar el deseo de un estudiante amigo nuestro, muy dado a la astronomía: enganchar al meridiano una escala de cristal, para poder

enamorar a Venus, aburrida de verse sola en el firmamento, persiguiendo al Sol, sin esperanza. Lo cierto es que si hubiera podido ser vista desde este mísero planeta, la frente calva del doctor habría parecido un astro de tercera magnitud; parecía una estrella con pantalones. ¿Y ese puntito negro que danzaba en el vacío? Era la mesa magnetizada.

El doctor Montero era el último Fausto,²⁶ o si creéis, lectores, que todavía puede reproducirse este personaje en el curso de los tiempos, le daremos el número de orden que os plazca. Pero era un Fausto; so capa de buscar la ciencia, la ciencia absoluta, nuestro hombre como el de Goethe, pero más directamente que él, buscaba el amor, la verdad suprema, la ciencia de las ciencias, por ende.

En las alturas a que había ascendido, “el espíritu infatigable que flota en torno del vasto universo”, como dice el amante de Margarita,²⁷ habló al doctor:

—Mira —le dijo—, arroja la sonda de tu mirada hacia abajo, ¿no ves a la Tierra que vuela en su órbita haciendo espuma como un cetáceo en el mar?

—No veo —contestó balbuciente el doctor.

—¿Quieres luz?

—Sí, dame luz.

Algo semejante al hálito de un niño acarició el rostro del vidente y luego sintió sobre los ojos un dolor

agudo, como si un dardo de fuego le penetrara en la retina; esta sensación fue instantánea; cuando abrió los párpados creyó tener a manera de antiparras dos telescopios de Herschel delante de los ojos.

—¿Ves ahora? —tornó a preguntar la voz.

—Sí, he allí abajo la Tierra rodeada de nubes, se agranda, se agranda como si viniese sobre mí; ya saca por encima de su bruma su enorme calva blanca. ¡Ah!, es el polo cuajado de hielo. ¿Qué cosa es esa enorme serpiente que presenta al sol sus escamas de plata y cuyas alas inmensas caen sobre el globo y lo cubren? No es un dragón fantástico, es la mar.

—Toma más luz —dijo la voz.

—Allí está el continente, todo arrugado de montañas; con largas grietas llenas de agua; esos son los picos de los volcanes, parecen las tiendas blancas de una caravana que hace alto en el desierto. Abajo, los montes retorciendo sus grupas negras, erizadas de púas, son los pinos; allá un caserío, bosques, puntas de campanarios, edificios en la sombra; he allí los transeúntes, parecen hormigas. Aquí es de noche, me acerco, me acerco más. Pero ¿qué es esto? Una mascarada, ¡cuánta luz!, ¡cuántas mujeres! Oigo el zumbido de la multitud delirante de alegría; éste es el pórtico de un teatro... ¡Ah!, sí, sí; estoy en una fiesta de carnaval... Aguarda, espíritu, aguarda, detente; siento el gran estremecimiento

eléctrico, como hace quince años. Ese dominó, esa careta de raso, ¡oh!, sí, sí, veo debajo del antifaz, sí, es ella, es mi visión, es el alma que yo esperaba... ¡Dios mío! Sigámosla, veamos...

—¿La has reconocido? —preguntó el interlocutor misterioso.

—¡Oh!, sí —respondió el doctor—, ¡oh!, sí, es ella, ¿no es cierto?

—Yo puedo resucitar a tus ojos lo pasado y hacerte abarcar lo presente; sólo Dios puede revelarte lo futuro...

—Tú no me lo puedes decir, pero mi libro me lo ha dicho ya —pensó el doctor.

—Aún no has descifrado su última página —replicó el espíritu como respondiendo a aquel pensamiento...

El doctor tuvo un terrible sobresalto de ansiedad. Reencendióse la luz a un soplo repentino y Marta entró a apagar la lamparilla de alcohol. Quedó un rato pensativo y agotado nuestro hombre, luego estuvo un rato mayor contemplando el cielo y al fin, haciendo un esfuerzo casi sobrehumano, llamó. Vino Marta:

—Prepárame mi traje de etiqueta —dijo el médico—, haz que preparen el coche; voy a México.

Marta miró a su amo con asombro y al cabo preguntó, entre azorada y risueña:

—¿Va usted al baile, señor?

—Precisamente voy al baile de máscaras.

Marta estaba estupefacta, no quería dar fe a lo que oía, pero el hábito de la obediencia se sobrepuso a todo y se encaminó meditabunda a la alcoba del doctor.

—Es cierto —murmuraba éste, siguiendo lentamente a su ama de llaves—, esa última página siempre me pareció oscura.

IV

El discípulo de Paracelso tomó en su laboratorio un frasquillo de oro, cuidadosamente guardado en su estuche, vertió en una cucharilla de agua una gota de un licor negro que con el contacto del aire y del agua tomaba un bellissimo color de púrpura y lo hizo pasar por sus fauces con delicia íntima.

—Éste es el elixir del amor —exclamó—, porque es el elixir de la vida, puesto que equilibra en mí las fuerzas del cuerpo y las del alma.

Y en efecto, siempre que el doctor se entregaba a sus arrobamientos, tomaba una cantidad pequeñísima de aquel brebaje y, como por encanto, lograba volver a la sangre las fuerzas que la fiebre de sus deliquios espíritas le arrebatava.

Vistiose de rigurosa etiqueta y emprendió en su bien cerrado vehículo el viaje hacia México y hacia el baile. Éste rayaba en su apogeo cuando, a las once de la noche, llegó el doctor. La charla estridente y el perpetuo falsete de los máscaras, que se ponían un antifaz en la voz como se lo ponían en la cara, las melodías de

la habanera que tienen la ondulación provocadora de las caderas de las negras, el roce de los dominós de seda, el choque de las miradas que aislaba y concentraba el marco de seda de la máscara, el de los alientos saturados de fiebre y de vino, los colores vivos de los trajes, la luz que ponía de relieve la belleza de las damas de los palcos, risueñas de curiosidad y de placer, todo eso en indescribible conjunto que hería todos los sentidos a la vez hacía del salón del baile una Babel del deleite y la locura.

El doctor Montero tambaleó como presa de un vértigo al poner el pie en aquel nuevo mundo. Pronto, sin embargo, se repuso y navegando como pudo, entre aquellas oleadas humanas, dejase arrastrar hacia la otra extremidad del salón. Poco tiempo hacía que se había instalado en su observatorio, cuando una mano pequeña y fina bajo la cabritilla apretó la suya y una mujer herméticamente encerrada en su dominó pronunció a su oído estas palabras: “Yo soy”.

Gabinete del palco intercolumnio de la derecha, piso primero. Media luz; sobre el velador un tiesto de porcelana lleno de flores y una careta de seda; un espejo en su óvalo de palo de rosa, bajo él un candelabro con grandes flores de cristal y dos o tres bujías apagadas. En el confidente una mujer reclinada con elegante abandono; delante el doctor, de pie y arrobado; una lágrima humedece su mejilla.

LA DAMA. —No me extraña eso, doctor; mi fisonomía lleva una marca fatal. Cuantos me miran detenidamente sienten deseos de llorar. Tal vez por eso me llamaron Lágrima.

EL DOCTOR. —Es porque vos hacéis soñar, señora; porque habláis con la dulce expresión de vuestros ojos de un mundo mejor y los que os ven lloran, porque se sienten encadenados a éste.

LA DAMA. —Juntos recorreremos ese mundo, ¿no es cierto, hermano mío? ¡Oh!, yo os buscaba; ese hombre, me dijo mi corazón, es el que te han mostrado los espíritus desde hace tiempo, por él llegarás al amor, que es la insaciable sed de tu corazón. ¿Es entonces su alma, hermana de la mía?, pregunté a mis confidentes de ultratumba. ¿Eso está escrito en la última página del libro de la *Sabiduría*? ¿Tiene usted ese libro, doctor?

EL DOCTOR. —Ayer, niña mía, creí tenerlo sobre mi atril; mas hoy comprendo que lo tengo aquí, en el corazón, porque es el amor... y yo os amo. Ésa es la palabra de eterna juventud, por ella soy tan joven como vos.

LA DAMA. —¿Y habéis llegado a leer todo ese libro hasta la última página; ésa que quieren los espíritus, que quiero yo leer?

EL DOCTOR. —Vais a leerlo todo, os digo que es el amor, y os prometo que lo leeréis hasta la última hoja. ¿Qué edad tenéis?

LA DAMA. —Siéntese usted, doctor; tengo, hoy precisamente, quince años. ¿Os parezco hermosa?

EL DOCTOR. —Me parecéis sobrehumanamente bella.

LA DAMA (*ruborizada*). —Gracias, doctor. Me han dicho que mi madre era bellísima señora, yo no la conocí, murió pocos minutos después de mi llegada al mundo. Mi padre... Sólo Dios y mi anciano abuelo conocen su nombre. Mis primeros recuerdos datan del convento; allí aprendí a soñar y a tener mucha confianza con los muertos y con la noche. El cementerio y las naves del templo solitario y desierto a medianoche tenían para mí atractivo irresistible. La sombra y la soledad, ¿sabe usted, doctor, que ésas son las hermanas consoladoras de nuestra alma? Pero yo iluminaba esa sombra con la aureola espectral de los que volvían del otro mundo y poblaba mi soledad de amigos de inefable sonrisa y de miradas vagas y acariciadoras; yo tenía como las aves nictálopes el don de ver en las tinieblas y las veía llenas de seres que la luz del día borra, como borran los rayos del sol a las estrellas que siguen constelando, aunque invisibles, el cielo. Y, con todo, lloraba yo frecuentemente, ¿por qué? La superiora me decía que así lloran siempre los huérfanos. ¿Es cierto eso, doctor?

EL DOCTOR. —Sí, los huérfanos piden a la naturaleza las sonrisas que nunca vieron en los labios mater-

nales, porque el niño que crece sin madre es como el caminante que atraviesa el desierto sin agua; en cada nuevo horizonte que descubre cree mirar un manantial brotando en húmedos murmurios al pie de las palmeras. Para vosotros los huérfanos, esa necesidad de las caricias maternas que Dios pone en nuestra alma al despertar y en nuestro cuerpo al crecer queda viva y depositada en el fondo de vuestra naturaleza cuando no ha sido satisfecha. Por eso vosotros creéis ver una sonrisa en los labios escarlatas del clavel silvestre, la de la madre ausente; en los cantos del ruiseñor que parecen siempre venir de muy lejos, por el rumbo del cielo, se os figura oír el eco de la canción extinguida por la muerte en los labios maternos mientras columpiaba vuestra cuna. ¿No es verdad, niña mía, que la violeta perlada por una gota de rocío os pareció que guardaba la lágrima con que vuestra pobre madre se despidió de vos mientras dormíais? Hija efímera del espíritu maternal, os saludaba todas las mañanas en el jardín del convento, y luego se evaporaba en el cáliz de esa flor retraída y casta, que es la religiosa de los vergeles...

LA DAMA (*escucha embelesada al doctor que goza viendo el efecto que produce su largo párrafo poético y sentimental*). —¡Oh!, sí, sí, así era poco más o menos; vos me explicáis lo que yo sentía sin explicármelo. De noche, cuando a tiempo de recogerme en mi blanca y estrecha

cama de penitencia mis cabellos desatados resbalaban por la piel de mi espalda, sentía que una mano me tocaba suavemente; volvía la vista y nada veía, porque yo que veo a los seres invisibles jamás he logrado ver a mi madre; sólo escuchaba junto a mí el rumor tenue de un suspiro, como si fuera un eco de los míos. Creo que por eso he tenido el don de lágrimas, creo que por eso he podido hablar con los ángeles.

EL DOCTOR.—¿Salisteis del convento para ir a Europa?

LA DAMA. —Sí, conducida por mi abuelo; allí una amiga me inició en los divinos misterios de la ciencia de los espíritus. Pero el alma de mi madre no vino jamás a mi llamado; cuando mis ojos cerrados sondeaban las sombras de otro mundo creía ver una nube blanca que me ocultaba, como a los ojos de los apóstoles, la ascensión luminosa de un ángel; ese ángel debió de ser mi madre. Para llegar a donde ella habita, necesitarías que un alma santa y pura te ayudase en tu peregrinación sobre la tierra, me dijo un espíritu amigo. Yo sabía que os iba a encontrar aquí...

El doctor llevó a sus labios una de las manos afiladas y blancas de Lácrima, a sus labios tanto tiempo áridos y crispados. La irradiación interior se reflejaba en toda su fisonomía; su noble frente parecía que, desde aquel instante, quedaría por siempre envuelta en una

atmósfera de serenidad y de luz. Estaba casi hermoso así. Lácrima lo miró en los ojos con infinita simpatía, y sus manos estrecharon silenciosamente las de su noble amigo.

¿Nace, pues, el amor de una mirada? Espiritas o no, ¿tenemos en el fondo de nuestro ser un ángel escondido que pliega dolorosamente sus alas dentro de la materia, y ese ángel, esa psiquis, soñadora sublime de amor, se asoma a nuestras pupilas cuando la encarnación humana de nuestro ideal surge ante nosotros y nos llama con una sola mirada? ¡Quién sabe! Bienaventurados los que creen...

¿Lo que Lácrima sentía dentro del pecho era el amor? Cuando el doctor la condujo a su coche, un dominó de seda blanca se acercó a la pareja y, quitándose vivamente la careta, preguntó con voz alegre y juvenil como el sonido claro de una campana de oro:

—¿De qué cielo habéis descolgado esa estrella?

—¿Quién es ese hermoso joven? —preguntó Lácrima, ya en su asiento.

—Es Víctor, mi sobrino —respondió el doctor, y ebrio de felicidad besó otra vez y otra la mano de la joven.

Ya había partido el carruaje majestuosamente balanceado en sus ocho muelles y la mirada de Lácrima seguía entre la multitud al dominó blanco...

Un abuelo a quien parecía estorbar la presencia de una niña que quizás era para él un reproche o un remordimiento, y que, de propósito, dejaba envuelta la venida al mundo de su nieta en el silencio y el misterio, una niña de quince años que no sentía la menor inclinación por aquel anciano siempre huraño y seco con ella, y que al mismo tiempo creía haber encontrado el compañero que los hados le habían destinado, no podía presentar graves obstáculos al matrimonio del doctor, y un día de mayo Rafael Montero y L. M. (Lágrima) celebraron su enlace.

El sabio había cerrado su preciosa quinta de Tacubaya y había tomado una casa, al estilo antiguo, pero amplísima y cómoda en el centro de la ciudad; quería hacer a su joven esposa honores de reina. Marta, que naturalmente se puso muy triste desde que su antiguo amigo, más bien que amo, le participó el inmenso cambio que iba a operarse en su existencia, con el cuidado exquisito que se despierta a veces en la mujer más vulgar cuando sabe que otra mujer, y elegante, va a juzgar

de su buen gusto, dispuso las habitaciones que iban a ocupar los recién casados.

Mucho se habló, mucho se comentó en la ciudad el casamiento. Muchos se tomaron el trabajo de pensar, por el alegre y casquivano Víctor (que era incapaz de fijarse tres minutos en un mismo pensamiento), en las probabilidades de que la muy respetable herencia del tío quedase en otras manos. Algunos se lo insinuaron así al joven, y la mala impresión de esta advertencia hubiera durado en él dos o tres horas si, pocos instantes después de que meditaba sobre ella, no lo hubiera tomado del brazo el doctor para mostrarle su departamento en los entresuelos de la nueva habitación.

Todo era en él lujo y confort. Sobre los espesos relieves de las alfombras, había, por dondequiera, muebles fuertes, pero de exquisita forma. Sólo en las casas ricas de Europa había visto el joven cristales tan diáfanos, mármoles tan puros y sedas tan bien recamadas. En el zócalo de cada candelabro había una Angélica o un Medoro, un Romeo o una Julieta, esculpidos en bronce por Barbedienne, y para tener más contento a su sobrino, que tenía cierto instinto artístico, el doctor, en una pequeña y deliciosa biblioteca atestada de libros maravillosamente ilustrados, hizo colocar entre los cuadros del gusto de Víctor como la *Psiquis* de Amaury-Duval y la *Leda* de Guérin, perfectamente copiadas, un lápiz

original y auténtico de Paul Chevalier (Gavarni) que había deseado mucho el joven, más por lo poco velado de las figuras, que por el mérito del dibujo. El piano irreprochable, las salas de armas y de billar, el *fumoir* primoroso y un baño de mujer coqueta completaban la instalación de aquella casita dentro de la casa del doctor.

Víctor sintió disiparse como por encanto su melancolía, sobre todo, en presencia de los nuevos y magníficos caballos y de un documento encontrado en cierto lugar del escritorio, que era la constancia de una pensión vitalicia de ocho mil pesos anuales, a la cual añadió el doctor que en ella no estaban incluidos ni los gastos extraordinarios, ni los domésticos, sino puramente los que exigían las costumbres elegantes de su pariente. Pero si Víctor se sintió feliz, su tío estaba literalmente en el paraíso. El sarao nupcial hizo furor, la novia estaba encantada y encantadora.

Fueron muy numerosos los invitados, los salones estaban cuajados de notabilidades de uno y otro sexo. El doctor recibió a los sabios, sus amigos, médicos la mayor parte, en su estudio y departía con ellos lo más humanamente que podía, porque más que nunca se sentía saturado de la esencia de la dicha, que ponía en sus miradas extraordinarios efluvios magnéticos. Habría querido hablarles de lo que en su interior sentía, pero

determinó callarse cuando uno de sus colegas respondió de este modo a las primeras frases que se le escaparon:

—Sois un sonámbulo inapreciable, mi buen Rafael, y el sonambulismo se ha posesionado de vos, por tal modo, que lo que me parecería raro sería que vivieseis un momento en el mundo real; nos habláis de Dios, del alma, del amor, como si fueran entidades reales, y no son más que quimeras de vuestros sueños lúcidos. Aquí en la tierra, amigo mío, todas esas cosas se van olvidando desde que el hombre supo observar y experimentar. Son cosas que sirvieron, que servirán algo todavía, pero que, en personas ilustradas, constituyen manifestaciones de graves dolencias mentales. Esas ilusiones han huido: del telescopio que da sus alas de luz a la mirada huyó el cielo; del escalpelo, como si tuviese miedo de lastimarse, ha huido encogida y temblorosa el alma, y huye el amor, cuando faltan algunos globulillos rojos a la sangre. Y os digo esto, aquí entre nos, porque afuera gusto de que me vean muy devoto en el templo y soy la espada más poderosa contra la impiedad. Pero ¿qué queréis? Es preciso tomar la vida por el lado en que no tiene espinas, puesto que nada aprovecha el punzarse; el dolor es el verdadero Satanás, *vade retro*. En conclusión, he aquí como yo resuelvo la incógnita de nuestra existencia, he aquí mi ecuación: x...

—Mi esposa, caballeros —dijo el doctor incorporándose y presentando a Lágrima que acababa de entrar.

Todos se inclinaron mudos de admiración, era sobrenatural la belleza de aquella criatura. Parecía que iluminaba todos aquellos rostros demacrados por la meditación con el reflejo de su fisonomía casi inmaterial, aquellas canas se doraban dulcemente como si estuvieran inundadas por una ráfaga de luz solar. Vestía la desposada un traje de seda *antique*, color de hoja de rosa, velada por un celaje de crespón blanco, que parecía el tenue vapor de un incensario; de entre una ola rítmica de espuma y de perlas surgía su busto virginal y pálido, y el óvalo purísimo del rostro estaba coronado por una áurea cabellera en cuyas ondas luminosas se enredaba un hilo sultánico de perlas, cuyas extremidades se besaban al través de los rizos opulentos que caían en cascada velando la ondulación sedosa de la espalda hecha, habría dicho Théophile Gautier, con la pasta de lirios con que Fra Angélico pintaba sus madonas.²⁸

La curva mágica de su boca de carmín vivo dejaba entrever el reflejo nacarado de su dentadura, como el oriente de una perla en el cáliz de una flor de sangre, como llaman los orientales al coral. Bajo su frente griega, bajo el doble arco de sus cejas que un antiguo habría comparado a los arcos de Cupido, brillaban como dos zafiros negros sus ojos grandes, profundos y misteriosos.

Sólo a la luz del sol se adivinaba, en torno de aquellos ojos, una ligera tinta azul y transparente como la del cielo de la aurora.

Después de saludar con gracia de emperatriz niña a los amigos de su marido, la celeste criatura dejó caer su abanico de inmaculadas plumas pendiente de su cintura por un broche de pedrería, recogió la inmensa falda con la mano más aristocrática que han calzado jamás los guantes de Jouvin y pasó por entre los sillones, no sin que la orla indiscreta del vestido hubiese revelado un pie...

—¿Creéis ahora en el amor? —dijo el doctor Rafael acercándose a su amigo.

—¡Qué pie, Dios mío, qué pie! —contestó distraído el sabio materialista.

Fruncióse imperceptiblemente el ceño del doctor y todos se dirigieron al salón de baile, donde sonaban los primeros compases de un vals. La inspección de algunas plantas exóticas colocadas en los ángulos en ricos tiestos de porcelana japonesa detuvo algún tiempo a aquella procesión de hombres negros, los sacerdotes de la ciencia, como se llamaban entre ellos. Luego tomaron asiento en los huecos de los balcones velados por finos transparentes de punto y se pusieron, con cierta curiosidad grave, y en el fondo impura, a seguir la ondulación de las parejas en el vals a dos tiempos.

El roce de la seda con la seda, en el volteo vertiginoso de las parejas, producía ese largo y suavísimo crujido que hace correr por los nervios un estremecimiento de indefinible deleite. El cálido aroma de las flores y de las mujeres se esparcía en el ambiente en ondas magnéticas y embriagantes. Las bocas entreabiertas, los ojos encendidos, el choque del aliento y de las miradas en no sé qué palpitaciones voluptuosas; las inflexiones intermitentes de la voz que acaba por hacerse fascinadora como la mirada y por convertirse en sonrisa y en jadeo de placer, todo eso hacía de aquellos seres unas deliciosas parejas animales, en cuyos cerebros dormía el pensamiento como una sensitiva cerrada al borde de un torrente de fuego.

Ha concluido ya la música y todavía el corazón repite en sus latidos los últimos ecos de aquellas melodías.

Un minuto había transcurrido desde la entrada del doctor al salón cuando cruzaron ante él Lácrima y Víctor. Nada más seductor que aquella pareja; el mancebo estaba hermoso, gallardo, inundados de placer los ojos chispeadores, impregnado de ardientes efluvios el aliento. Su brazo enlazaba con nerviosa gracia el cuerpo flexible de su compañera, que cruzando su brazo fino de Venus de Médicis sobre la elegante manga negra de Víctor, con el otro recogía su falda con un movimiento lleno de indecible abandono y de coquetería

infinita. Su admirable cabeza, ligeramente echada hacia atrás, dejaba flotar en torno suyo su cabellera, que caía y se levantaba de sus hombros con palpitaciones de ala, al compás vertiginoso de la pieza alemana.

Una llama suavemente purpúrea bañaba su rostro, sus miradas se besaban en el espacio con las miradas del joven y, en sus labios secos y rojos por donde pasaba a cada momento la punta delicada de su húmeda lengua, se adivinaban el desmayo y la sed, como dice el autor de *Clemencia*.²⁹

Como respondiendo a un acorde interior que se correspondía incesantemente en sus almas, los dos jóvenes se precipitaban alegres, risueños, ligeros por entre el torbellino del baile. Los espejos reproducían millares de veces aquel cuadro de vértigo y de luz.

—¿Estás cansada, Lácrima? —murmuraba la voz acariciadora de Víctor.

—No —contestaba ella—, así no me cansaría nunca. Víctor y Lácrima se amaban.

Cuando concluyó el baile, el joven hubiera querido decir a la recién casada, llena como estaba su alma de fiebre de amor, la linda estrofa del infortunado Luis Aznar:

[...] ven, mi adorada,
posa tu mano en la mía,

que se presta esa armonía
a fraguar otra ficción;
otra ilusión fingiremos,
como esa ilusión perdida,
que es fuerza pasar la vida
de ilusión en ilusión.³⁰

Pero Lácrima estaba muy seria ya... Una expresión de tristeza adorablemente dolorosa invadió su rostro y, como ya todos los convidados habían partido, las bujías estaban apagadas y sólo se advertían en el salón algunos ramos de flores deshojados y marchitos sobre la alfombra. Los dos jóvenes, sin articular una palabra, sin decirse nada, ella sentada cerca del piano, él apoyado en el mármol de una consola, cuando se vieron solos, cambiaron una mirada muy larga, inmensa, y se echaron a llorar, como dos niños... Mucho rato pasó así; de repente Lácrima se incorporó y se dirigió a su alcoba; Víctor vaciló un momento y luego dando un rugido sordo, que parecía el reclamo amoroso de un león, la siguió de puntillas.

El doctor esperaba a su esposa en la cámara nupcial absorto en profundas reflexiones, al verla entrar se adelantó hacia ella. La niña se detuvo llena de sufrimiento y de rubor; quiso hablar, mas no pudo; un estremecimiento nervioso recorría todo su cuerpo, su garganta se

anudaba y una nueva oleada de lágrimas le subía del corazón. El sabio tomó silenciosamente las manos de su esposa, la contempló un momento con una expresión llena de ternura y de pesar a la vez; tomó luego entre sus manos la hechicera cabeza de la joven y, besándola en la frente, le dijo:

—Duerme, hija mía —y salió de la habitación.

Poco después, todo era silencio en la casa. Víctor se revolcaba en su lecho devorado por una especie de fiebre de remordimiento y de deseo; Lácrima lloraba, Marta rezaba y el doctor pugnaba con toda la energía de su alma por descifrar el enigma de la última página del libro de la *Sabiduría*. Pero ninguno dormía, ¡cuando el sueño se ha retirado de los habitantes de una casa, una gran desgracia está próxima!

VI

Nada dijo durante muchos días al doctor la última página del libro de la *Sabiduría*. Su cabeza se había desorientado, la estrella de la esperanza se había eclipsado para aquel astrólogo. Los espíritus callaban, ninguno de ellos respondía a su llamamiento, la mesa mágica permanecía inerte bajo su mano demacrada y trémula, y era porque el sabio dudaba ya. Sus ojos abríanse de repente, enormes, llameantes, llenos de inquietud y de dolor y como si quisieran salirse de sus órbitas para ir a escudriñar el cielo. Todo continuaba tranquilo. ¿Qué importa el átomo al universo?

Víctor continuaba con la cabeza enferma; comprendía que su tío a su vez lo comprendía todo y lo esquivaba tenazmente; entraba furtivamente casi a la casa, se encerraba en su departamento y pasaba las noches a oscuras junto de las vidrieras desde donde podía ver pasar a Lácrima. De cuando en cuando su mirada tomaba un tinte sombrío capaz de infundir miedo en aquel casquivano que, de repente, se había tornado en serio y melancólico. Era que alguna idea siniestra batía sus

alas negras dentro de su débil cráneo... ¡Su tío era un obstáculo!

En la última página del papiro contemporáneo de Sesostris, había ciertas lagunas que el doctor había llenado a su antojo creyendo interpretar bien la idea del misterioso autor; sin duda el infortunado Montero se había equivocado; su vida, como una oleada entre dos rompientes, se estrella entre dos problemas, un libro y un corazón. ¡Y cuando recordaba aquella noche en que había visto descender a Lácrima por una espiral de luz, el pobre hombre lloraba de impotencia y desesperanza!

Cierto día entró al cuarto de su esposa a quien casi no veía; la encontró cada vez más espiritualizada, si así puede decirse; su tez había adquirido una opalescencia incomparable; sus ojos divinos se habían hundido dejando, como el sol en el crepúsculo vespertino, una sombra más azulosa y triste que la que en ella era habitual. Lácrima se moría de amor. El recuerdo de su madre, su veneración por su esposo, el mundo de los espíritus, todo había desaparecido para ella; sólo en un objeto se había concentrado su ser entero.

¡Pobre muchacha! Yo la conocí a orillas del mar, fijando su mirada con una confianza infantil en la nube que huía y con la que sostenía intraducibles diálogos. Su palidez tenía no sé qué de resurrección y emanaba

de ella una especie de irradiación sobrenatural. Las mariposas debían buscar sus labios cuando estaba dormida y hundir en ella su trompetilla ávida de miel como en el cáliz de una rosa; aquella deliciosa niña era, sin duda, una flor. Su amiga de colegio en Francia, la bella Libye (cuyo nacimiento ha referido Michelet),³¹ la comparaba al lirio de Rumania, al que lleva el delicioso nombre de *lacramioara*.

Volvamos a la visita que le hizo su esposo. La saludó con afecto, casi con piedad; ella bajó los ojos y dos hilos de topacio líquido comenzaron a correr por sus mejillas; la fatalidad martirizaba aquellas almas. Tendió el sabio en silencio las manos sobre la doblegada cabeza de aquella dulce virgen y ésta lanzó un gemido, como el de la cuerda de un arco al estallar. Pocos momentos después dormía magnetizada. He aquí lo que respondió a las temblorosas preguntas del doctor:

—Yo bajé de los cielos a tu vista y tú, dominado por la impresión que, según el libro de la *Sabiduría*, es la que sienten las almas hermanas cuando se aproximan en el mundo la una a la otra, te dijiste: “Hela aquí”, y soñaste en una niña pura y bella a quien unirte para siempre. Te olvidabas de que Dios maldice al hombre cuya boca, agostada por los años, se acerca a los labios de la mujer en flor y la marchita con su aliento muerto; te olvidabas de que otra alma escondida en la sombra

venía al lado mío y que desde el día siguiente Víctor, que había nacido idiota, empezó a despertar a la razón.

”No, no era yo el alma que buscabas; has preguntado a los espíritus en dónde debías encontrarme y te lo han dicho, pero callaron todos cuando quisiste saber si yo era la esposa de tu alma. Yo también me engañé. ‘Ése te guiará al amor’, me dijeron las voces del cielo, y yo creí que eras el amor mismo. No, no, tú eres el dolor, por ti he sufrido lo bastante para expiar una vida, pero te bendigo, porque me lo has hecho conocer. Me ama, ¿no es cierto que me ama?”.

—¡Pobre criatura! —murmuraba el doctor, pálido como un cadáver—. Hemos querido resolver el enigma de la esfinge y la esfinge nos ha devorado.

Y saliendo del aposento y sin despertar a Lácrima, fuese en busca de Víctor y lo condujo al cuarto de la magnetizada:

—Hoy salgo para el campo —le dijo—, y ni a ella ni a ti los volveré a ver jamás. Partid de aquí, tengo derecho a exigir esa última prueba de respeto. Cuando lleguen a Europa, encontrarán ustedes una fortuna, mi fortuna, acéptenla como un recuerdo. Lácrima puede moverse e ir y venir, pero no despertará en cuatro días, llévatela y ojalá pueda así reparar de algún modo el mal que, sin querer, le hice.

Cuatro días después, Lácrima despertaba en el mar.

VII

Cuando se encontró sola con Víctor, una alegría inmensa se apoderó de su alma, pero al salir del estupor de la felicidad que la enajenaba, comprendió el tremendo sacrificio del doctor, midió el tamaño de su bondad casi divina y sufrió y lloró. Para ella era intolerable la idea de ser causa de un gran dolor y sintió un vago deseo de morir. Y al contacto de la pasión puramente sensual de Víctor, su mente se sintió libre y pudo pensar; pensó en el abismo de ridículo en que había dejado caer el nombre de un caballero honrado, que era su esposo... El mundo se veló ante sus ojos y una sorda desesperación se infiltró en su espíritu con el sentimiento de lo irreparable.

—Víctor —decía—, yo quiero, yo necesito morir.

—No seas niña —contestaba éste—, todo es ya inútil.

El paquete americano entraba en La Habana en aquellos momentos. Lácrima encerrada en su camarote veía por la ventanilla el risueño panorama que se desenvolvía lento ante sus ojos llorosos y cansados. Por la

ventanilla entraban bocanadas de aire caliente y perfumado. Lácrima seguía orando a su madre, invocando su auxilio, pero ni podía ni quería moverse: una lasitud indecible se apoderó de ella por entero; todo, cuerpo y alma, parecían naufragar en un mar de sueño; mas pronto el cansancio fue doloroso, le parecía que había andado muchas leguas y que iba a expirar de fatiga; su cerebro se disolvía bajo la presión circular de una espantosa corona de fierro; le parecía que una mano brutal le dilaceraba los riñones... Poco a poco la calentura sopló sobre ella su aliento de fuego y Lácrima se durmió como asfixiada por un incendio, mientras la brisa de Cuba entraba cada vez más cálida por la ventanilla del camarote.

El sueño de aquel dormir febril le fue grato, sin embargo. Soñó que de los horizontes de aquella isla encantada, de entre las emanaciones balsámicas de sus campiñas saturadas de aliento marino, el espíritu de su madre se desprendía como un vapor opalino y sutil; soñó que el espíritu se acercaba a ella, que enjugaba sus lágrimas, que besaba su boca; sintió al par de los suyos los latidos de aquel corazón y... oyó luego una voz que le decía:

—Ven, pobre hija mía, a quien me arrebataron al nacer y que he esperado quince años; el cielo no quiere que tú expíes en el mundo las faltas de tu madre. Voy a

libertarte del cuerpo, que, tan bello como es, es la única mancha de tu existencia; entonces cruzaremos juntos el espacio sideral, mi alma y la tuya se unirán en un solo ser, por virtud de mi amor, porque es el único amor, el que no miente jamás. Ven, yo soy tu madre...

Cuando el médico examinó a la enferma, en presencia de Víctor, manifestó que era imposible moverla de donde estaba, que la única esperanza remota de salvación era que el paquete, que estaba ya a punto de zarpar, saliese de aquella zona de muerte, que él nada tenía que hacer; su diagnóstico fue éste: el vómito.³²

Víctor se enfrió de terror y de miedo y no pensó más que en alejarse de la doliente... Ésta no conservaba de su fisonomía de ángel más que los ojos, la mirada azul y misteriosa... Por todo lo demás había pasado su pavoroso nivel la fiebre... En ese horno de fuego se había fundido la belleza de la pobre Lácrima, no quedaba más que su alma aleteando en el fondo de sus pupilas de zafiro. Víctor decidió quedarse en Cuba, prometiendo reunirse con *su esposa* en Nueva York... El vapor salió y las horas pasaron y la zona del vómito quedó atrás y la enfermedad no soltó su presa; Lácrima murió al fin, sin decir nada, sin pensamiento, sin delirio: de sus ojos apagados se escapó el alma sin agonía casi, sin una lágrima.

La envolvieron en una gran sábana blanca, ataron a sus pies una bala enorme para que descansase

rápidamente en el maravilloso lecho de algas del fondo del mar y al ponerse el sol, bajo la mirada espléndida del Véspero que parecía también un alma surgiendo de la agonía febril del día, la depositaron en la cubierta. El vapor enfrió sus calderas y se detuvo; el agua estaba negramente azul; después de las preces del pastor, coreadas por la ruda voz de los marineros, dos jóvenes tomaron el cadáver y lo llevaron a la borda abierta, por entre los pasajeros arrodillados; balancearon por tres veces el gran bulto blanco y lo dejaron caer, el sacerdote trazó sobre el mar la señal de la cruz, el cañón del paquete hizo tres pausados y lúgubres disparos y el navío partió...

VIII

Nuestro malaventurado doctor se había dicho: “Es preciso que, como parte integrante de la fortuna que esos muchachos reciban en Europa, encuentren mi papeleta de defunción. Pero antes quiero saber a qué atenerme respecto de esta última página del libro de la *Sabiduría* que me ha hecho infeliz por su oscuridad”.

Y volvía, con una curiosidad que lo mataba a fuerza de ser intensa, a descifrar la hoja consabida. Pero sus lagunas eran demasiado grandes y, aun cuando el doctor hubiese tenido para reconstruir aquel escrito el genio que Cuvier desplegó en sus restauraciones paleontológicas, la empresa habría sido punto menos que imposible.

Pero sucedió —y por cierto que fue el día mismo que Lácrima murió— que los amigos invisibles del buen doctor lo visitaron; entonces su mano, guiada por otra intangible, corrió sobre el papel y la ansiada página quedó integrada:

Muchas veces —decía— pueden vivir muy cerca una de otra las dos mitades que constituyen un alma sin conocerse; los iniciados en la ciencia sagrada resentirán, cuando hayan vivido así, la emoción reveladora de la presencia del alma desconocida, cuando en ésta se encienda el amor; mas esto sólo puede suceder en el momento en que la muerte comience a desatar para una de las dos los lazos de la materia. Porque esas almas sólo están destinadas a unificarse en otras regiones.

El doctor no leyó más, se dirigió poseído por el demonio de la curiosidad y de la desesperación a su laboratorio, tomó el frasco de oro y vació todo su contenido en sus entrañas. Algunas horas después entró Marta; las facciones de su viejo amigo habían cambiado; su cabeza y su cuerpo todo habían empequeñecido, era el doctor una reducción de sí mismo; la fuerza del elixir de vida era tal, que el calor de la sangre devoraba todos los tejidos del organismo y los músculos y los huesos del doctor se fundían y calcinaban en un formidable crisol interior; todos los poros de su piel, todos sus nervios, todas sus fibras, todas sus celdillas parecían aspiradas por la bomba gigantesca del corazón; sus ojos, huidos hacía el fondo del cráneo, no existían casi; era una rara agonía aquella.

Marta comprendió que el doctor se moría; le buscó el pulso y una gruesa lágrima desprendida de los ojos

de la pobre mujer cayó sobre el rostro del sabio. Abrió éste los párpados y algo que era ya el último residuo de la masa cerebral miró a Marta desde el fondo del cráneo del médico; luego una voz, que parecía venir del fondo de un abismo y a distancia de tres mil años, heló la sangre de la desdichada. Y decía la voz:

—¡Eras tú, eras tú, Marta, el alma complementaria de mi alma! ¡Tú me amabas, tú me amas!

Había tal mezcla de ternura y de congoja en aquella voz, que podíamos llamar psíquica, que Marta arrodillándose se puso a rezar. Cuando acabó de ofrecer el alma de su amigo, la sombra había invadido el aposento. Fue a buscar una luz y alumbró el lecho del moribundo y dio un grito: sólo las ropas del doctor estaban allí, su cuerpo se había evaporado.

Mucho lloró la pobre Marta, guardó las reliquias del doctor piadosamente y quemó el libro. Debe haber muerto ya, porque cuando, muy poco después de los sucesos, nos refirió la historia que habéis leído, su vejez parecía datar de tres siglos. Ahora hablemos de otra cosa, según el consejo de maese Rabelais:

“Mieulx est de ris que de larmes escrire”.³³

NOTICIA DEL TEXTO

Incógnita se publicó por entregas en la revista *El Domingo* (1871-1873) —dirigida por el barón Gostkowski (ca. 1840-ca. 1901)—, del 5 de marzo al 2 de abril de 1871. Llevaba como título “X. Cuento” y estaba dedicada al personaje femenino principal en la novela: “A Lágrima muerta en el mar”.

Junto a otras narraciones suyas, entre las que se incluyeron las novelas cortas *Confesiones de un pianista*, *Un cuento cruel* y *La novela de un colegial*, Justo Sierra decidió publicarla de nuevo en el volumen *Cuentos románticos* (Imprenta de la Viuda de Charles Bouret, 1896); posteriormente, formó parte del volumen II, *Prosa literaria*, de las *Obras completas* de Justo Sierra, editadas por la Universidad Nacional Autónoma de México en tres ocasiones (1948, 1977 y 1984).

JUSTO SIERRA
TRAZO BIOGRÁFICO

Justo Sierra Méndez nació el 26 de enero de 1848 en Campeche y falleció el 13 de septiembre de 1912 en Madrid. Humanista, poeta, narrador, historiador, periodista, político y orador, sobresale su compromiso por impulsar la educación en América Latina, entendida como motor del progreso social. El llamado Maestro de América fue uno de los principales promotores de la fundación de la Universidad Nacional de México en 1910. Cabe destacar su reflexión crítica sobre el México de la época, la formación histórica y las posibilidades de desarrollo del país. Pese a ejercer el cargo de ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes (1901-1911), guardó cierta independencia intelectual del régimen de Porfirio Díaz, lo que le permitió polemizar sobre el estancamiento social bajo la dictadura. Además de su vigencia literaria, debe mencionarse el papel que desempeñó en la fundación de la modernidad literaria en México como promotor de publicaciones, grupos y empresas, y sus reflexiones agudas como crítico literario. Para acercarse a este personaje complejo que

animó la vida intelectual en México por décadas, son indispensables las obras *Justo Sierra y el México de su tiempo (1848-1912)*, de Claude Dumas (México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1986) y *Don Justo Sierra: su vida, sus ideas y su obra*, de Agustín Yáñez, editado en 1962 por la Universidad Nacional Autónoma de México. En 1948 la UNAM publicó las *Obras completas* en quince tomos, reeditadas en 1977 y 1984.

NOTAS

¹ Allan Kardec, *El libro de los Espíritus*, Alberto Giordano [edición] y J. Herculano Pires [notas], Editora Argentina 18 de Abril/Editora Espírita Española, 1970, p. 23, <<https://espiritismo.es/wp-content/uploads/2016/08/El-libro-de-los-Espiritus.pdf>>, [consulta: octubre de 2018].

² Claude Dumas, *Justo Sierra y el México de su tiempo (1848-1912)*, México, Coordinación de Humanidades-Universidad Nacional Autónoma de México (Nueva Biblioteca Mexicana, III), 2ª ed., 1992, pp. 43-55.

³ Candelaria Arceo de Konrad, *Justo Sierra Méndez. Sus Cuentos románticos y la influencia francesa*, México, Instituto de Investigaciones Filológicas-Universidad Nacional Autónoma de México, 1985, pp. 37-38. Vale la pena mencionar la correspondencia entre Gautier y Allan Kardec y hacer notar que el escritor incorpora el tema de manera explícita en varias de sus composiciones, por ejemplo, *Spirite* [1866].

⁴ Claude Dumas, *Justo Sierra y el México de su tiempo (1848-1912)*, México, Coordinación de Humanidades-Universidad Nacional Autónoma de México (Nueva Biblioteca Mexicana, III), 2ª ed., 1992, p. 34.

⁵ Claude Dumas, *Justo Sierra y el México de su tiempo (1848-1912)*, México, Coordinación de Humanidades-Universidad Nacional Autónoma de México [Nueva Biblioteca Mexicana, III], 2ª ed., 1992, pp. 34, 35, 37.

⁶ Claude Dumas, *Justo Sierra y el México de su tiempo (1848-1912)*, México, Coordinación de Humanidades-Universidad Nacional Autónoma de México [Nueva Biblioteca Mexicana, III], 2ª ed., 1992, p. 41.

⁷ Claude Dumas, *Justo Sierra y el México de su tiempo (1848-1912)*, México, Coordinación de Humanidades-Universidad Nacional Autónoma de México [Nueva Biblioteca Mexicana, III], 2ª ed., 1992, p. 48.

⁸ Claude Dumas, *Justo Sierra y el México de su tiempo (1848-1912)*, México, Coordinación de Humanidades-Universidad Nacional Autónoma de México [Nueva Biblioteca Mexicana, III], 2ª ed., 1992, p. 51.

⁹ Claude Dumas, *Justo Sierra y el México de su tiempo (1848-1912)*, México, Coordinación de Humanidades-Universidad Nacional Autónoma de México [Nueva Biblioteca Mexicana, III], 2ª ed., 1992, p. 108.

¹⁰ José Ricardo Chaves, *México heterodoxo. Diversidad religiosa en las letras del siglo XIX y comienzos del XX*, México, Bonilla Artigas Editores, 2013, p. 58.

¹¹ Frances A. Yates, *Giordano Bruno y la tradición hermética*, Doméneq Bergadá [traducción], Barcelona, Ariel, 1983, pp. 19-20.

¹² Frances A. Yates, *Giordano Bruno y la tradición hermética*, Doméneq Bergadá [traducción], Barcelona, Ariel, 1983, p. 45.

¹³ Véase José Ricardo Chaves, *Andróginos. Eros y ocultismo en la literatura romántica*, México, Instituto de Investigaciones Filológicas-Universidad Nacional Autónoma de México, 2005.

¹⁴ William Q. Judge, "El mesmerismo", *Lucifer*, mayo de 1892, p. 1, <<http://libroesoterico.com/biblioteca/Teosofia/Judge%20William%20-%20El%20mesmerismo.pdf>>, [consulta: octubre de 2018].

¹⁵ Frances A. Yates, *Giordano Bruno y la tradición hermética*, Doméneq Bergadá [traducción], Barcelona, Ariel, 1983, p. 40.

¹⁶ *El libro de los Espíritus*, Alberto Giordano [edición] y J. Herculano Pires [notas], Editora Argentina 18 de Abril/Editora Espirita Española, 1970, p. 74, <<https://espiritismo.es/wp-content/uploads/2016/08/El-libro-de-los-Espiritus.pdf>>, [consulta: octubre de 2018].

¹⁷ José Ricardo Chaves, *México heterodoxo. Diversidad religiosa en las letras del siglo XIX y comienzos del XX*, México, Bonilla Artigas Editores, 2013, p. 60.

¹⁸ José Ricardo Chaves, *Andróginos. Eros y ocultismo en la literatura romántica*, México, Instituto de Investigaciones Filológicas-Universidad Nacional Autónoma de México, 2005, p. 146.

¹⁹ José Esquivel Pren y Candelaria Arceo de Konrad hablan de la relación entre *Incógnita* y *Spirite*, de Théophile Gautier.

De hecho, ésta última sostiene que el texto gauteriano sirvió para la configuración de Lágrima. Candelaria Arceo de Konrad, *Justo Sierra Méndez. Sus Cuentos románticos y la influencia francesa*, México, Instituto de Investigaciones Filológicas-Universidad Nacional Autónoma de México, 1985, pp. 26, 39.

²⁰ Smarra es la criatura vampírica de la novela *Smarra o los demonios de la noche* (1821), del escritor francés Charles Nodier (1780-1844). Este vampiro no es “una criatura casi humana que se mezcla en la sociedad y disfruta destruyendo a los demás, sino una criatura que es más como un espíritu del mundo de los sueños”. J. Gordon Melton, *The Vampire Book: The Encyclopedia of the Undead*, Estados Unidos, Visible Ink Press, 3ª ed., 2011, p. 499 (traducción de la editora). Smarra posee las características de un vampiro y de un íncubo (antiguo espíritu lascivo que se posaba sobre el pecho de las personas mientras dormían, sofocándolas y provocándoles pesadillas eróticas). Véase: Joan C. Kessler, “Charles Nodier’s Demons: Vampirismo as Metaphor in *Smarra*”, *French Forum*, vol. 16, núm. 1, enero de 1991, pp. 51-66.

²¹ Frase latina que significa “Adiós para siempre”. Max Uribe, *Notas y apuntes lexicográficos. Americanismos y dominicanismos*, Santo Domingo, Editora de Colores/Universidad Central del Este, 1996, p. 261.

²² La tragedia de las ciudades carbonizadas por el Vesubio (Pompeya y Herculano) fue una alusión consolidada en la época, tanto que sirvió como referencia para hablar de los descubrimientos arqueológicos realizados en Palenque y Uxmal. Las excavaciones en Italia, a partir del patrocinio de

Carlos III (1759-1788) a finales del siglo XVIII, continuaron entusiastamente en el XIX. En la prensa mexicana circulaban noticias sobre los descubrimientos. En 1841, *El Mosaico Mexicano* (1836-1842) publicó una traducción de V. R. hecha a partir de un texto que apareció en el *magazine* francés *Musée des Familles* (1833-1900): “En Herculano [...] se logró penetrar en la casa de un bibliófilo, donde estaba reunido un gran número de volúmenes; pero desgraciadamente la lava ardiente los había dañado de tal modo que, a pesar de las más minuciosas precauciones, y de los procedimientos más ingeniosos, no se han podido sacar más que fragmentos, continuamente interrumpidos por manchas y roturas. Lo que disminuye el pesar es que todos estos libros, cuyos títulos han podido leerse, son obras de autores desconocidos, que sólo tratan de la música y de controversias filosóficas. Cuatro de estos manuscritos se enviaron de Nápoles al instituto de Francia. Véase V. R. [traducción], “Una ciudad aparecida”, *El Mosaico Mexicano*, t. VI, México, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1841, p. 205. Consúltese en <http://www.hndm.unam.mx/consulta/publicacion/visualizar/558a32d07d1ed64f168b468f?intPagina=222&tipo=pagina&palabras=herculano&anio=1841&mes=01&dia=01>. En 1871, año de la primera edición de *Incógnita*, Niceto de Zamacois (1820-1885), coautor de *Los mexicanos pintados por sí mismos*, publicó *La destrucción de Pompeya*, edición a cargo de los talleres de Ignacio Cumplido que incluyó estampas litográficas de las dos ciudades sepultadas por el Vesubio. Consúltese en <http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1080020096/1080020096.html>.

²³ El médico Jean Baptiste van Helmont (1580-1644) postuló la existencia del espíritu vital: una especie de gas —término

acuñado por el científico— formado en la sangre del corazón a partir del elemento agua. El espíritu vital se encarga del desarrollo de la vida animal y vegetal. Véase Nelson Papavero, José Roberto Pujol Luz y Jorge Llorente Bousquets, *De Descartes a Leibniz (1628-1716). Historia de la biología comparada*, vol. IV, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2001, pp. 45-51. Allan Kardec (1804-1869), teórico y practicante del espiritismo, menciona que algunos consideraban el principio vital una propiedad de la materia y otros, un fluido universal que los cuerpos absorben y asimilan, conocido en épocas posteriores como fluido magnético. Véase Allan Kardec, *El libro de los espíritus*, Alberto Giordano (edición) y J. Herculano Pires (notas), Argentina, Editora Argentina 18 de Abril/Editora Espírita Española, s.f., p. 25, <<https://espiritismo.es/wp-content/uploads/2016/08/El-libro-de-los-Espiritus.pdf>>, [consulta: octubre de 2018]. Franz Anton Mesmer (1734-1815) hablaba de un fluido presente en todo el universo, el cual actuaba a distancia pues se comunicaba a través de todos los cuerpos y era posible controlarlo.

²⁴ En el adagio “44. Sympatía con los Grandes varones”, del *Oráculo manual y arte de la prudencia*, Baltasar Gracián (1601-1658) afirma que “Ai parentesco de corações, y de genios, y son sus efetos los que la ignorancia vulgar achaca bebediços. No para en sola estimación, que adelanta benevolencia, y aun llega a propensión: persuade sin palabras, y consigue sin méritos. Aila activa, y la ai pasiva; una y otra felizes, quanto más sublimes. Gran destreza el conocerlas, distinguirlas y saberlas lograr, que no ai porfía que baste sin este favor secreto”. Baltasar Gracián, *Oráculo manual y arte de la prudencia*, Emilio Blanco (edición), Madrid, Cátedra, 1997, p. 127. Puede

consultarse la edición digital de la obra en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes: <[²⁵ Alusión al sueño donde Jacob contempla a Dios al final de una escalera que llega al cielo. En este pasaje, el Señor le renueva las promesas de protección, de abundante descendencia, y de heredad de las tierras en las que se encuentra \(la ciudad se llamaba Luz, pero Jacob la bautiza como Betel\) \(Génesis 28:10-22\). *Nueva Biblia de Jerusalén*, Bilbao, Desclée de Brouwer, 1999.](http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/oraculo-manual-y-arte-de-prudencia--0/html/fe-db3724-82b1-11df-acc7-002185ce6064_2.html#I_0_>.</p>
</div>
<div data-bbox=)

²⁶ Justo Sierra refirió la sed de conocimiento de Fausto (y de Goethe) en otras ocasiones, por ejemplo, al reflexionar sobre la poesía sostiene que: “No, los poemas perdurables son los del sentimiento, esa es la sola verdad que eterniza el arte: la del amor, la del dolor, que es la misma; querer descubrir las causas de las cosas hará de un poeta un Fausto, nunca un Dante; nunca un Virgilio”. Justo Sierra, “A propósito de Andrea Chénier”, *El exterior: revistas políticas y literarias, Obras completas*, vol. VII, José Luis Martínez (edición, notas e índices), México, Coordinación de Humanidades-Universidad Nacional Autónoma de México (Nueva Biblioteca Mexicana, 55), 3ª ed., 1984, p. 164.

²⁷ En la primera parte de la tragedia, el Espíritu de la Tierra le habla al doctor Fausto de su cualidad activa de flotación continua y éste responde: “Tú, que vagas por toda la redondez de la vasta tierra, Espíritu afanoso, ¡cuán cerca me siento de ti!”. Véase Johann Wolfgang von Goethe, *Fausto*, Manuel José González y Miguel Ángel Vega (edición), José

Roviralta [traducción], Madrid, Cátedra [Letras Universales], 8ª ed., 2001, p. 125.

²⁸ Justo Sierra y su hermano Santiago fueron asiduos lectores de Théophile Gautier (1811-1872), como dejan ver las referencias incluidas en algunos de sus textos y la correspondencia entre los hermanos. Justo Sierra, *Epistolario y papeles privados, Obras completas*, vol. XIV, Catalina Sierra de Peimbert (edición), México, Coordinación de Humanidades-Universidad Nacional Autónoma de México [Nueva Biblioteca Mexicana, 62], 3ª ed., 1984, p. 584. Nuestro autor califica de “argentino” el estilo de Gautier porque “sólo es dado copiar a un buril como el de Froment Meurice o a un pincel como el de Corot”. En una referencia a la poesía de Luis G. Urbina (1864-1934), Sierra cita al escritor francés: “Soy muy fuerte —decía Teófilo Gautier—, llevo a quinientos en el dinamómetro, hago metáforas que se ligan y veo el mundo material”. Justo Sierra, *Crítica y artículos literarios, Obras completas*, vol. III, José Luis Martínez (edición y notas), México, Coordinación de Humanidades-Universidad Nacional Autónoma de México [Nueva Biblioteca Mexicana, 51], 2ª ed., 1977, pp. 185, 393.

²⁹ Alusión a una frase que se encuentra en el capítulo noveno de *Clemencia* [1869], de Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893), mediante la cual el narrador describe a Clemencia: “La una era blanca y rubia como una inglesa. La otra morena y pálida como una española. Los ojos azules de Isabel inspiraban una afección pura y tierna. Los ojos negros de Clemencia hacían estremecer de deleite. La boca encarnada de la primera sonreía, con una sonrisa de ángel. La boca sensual de la segunda tenía la sonrisa de las huríes, sonrisa en que se adivinan el desmayo y la sed”. Ignacio Manuel Altamirano,

Novelas y cuentos, t. 1, *Obras completas*, vol. III, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Dirección General de Publicaciones y Medios-Tribunal Superior de Justicia del Distrito Federal, 2ª ed., 2011, p. 195.

³⁰ Estrofa final del poema “El vals” (1848), del yucateco Luis Aznar y Barbachano (1826-1849). El poeta murió a los veintidós años, acontecimiento que causó conmoción en los intelectuales del estado, quienes dedicaron una serie de composiciones a la tragedia de su prometedor colega y las publicaron junto con los poemas de Barbachano el mismo año de su deceso. Luis Aznar y Barbachano, *Biografía y colección de sus poesías*, Mérida, s. e., 1849, p. 262. Consúltese en http://acervo.bibliotecavirtualdeyucatan.com.mx/janium-bin/janium_zui.pl?fn=15644&jzd=/janium/AP/3095-RD/d.jzd.

³¹ Jules Michelet (1798-1874) remite brevemente a Libia en obras como *Historia de Roma* y *Manual cronológico de historia universal*; en esta última, el francés afirma: “Cadmio establece una colonia fenicia en Beocia, en Grecia y funda Tebas. Éstos son los primeros vislumbres de aquel país tan célebre. En este periodo estarían casi pobladas Grecia, Tracia, algo de Italia, Etiopía, Media, algo de la Tartaria y de la India, la Libia en África, y varias islas en el Mediterráneo. Jules Michelet, *Manual cronológico de historia universal*, señorita P. E. [traducción y adición con la parte antigua y contemporánea], Madrid, Imprenta de Corrales y Compañía, 1847, p. 8. Consúltese en <http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000140941&page=1>.

³² La fiebre amarilla o vómito negro. Enfermedad originada en

zonas tropicales y transmitida por picaduras de mosquito. A lo largo de la historia ha adquirido la categoría de epidemia y ha diezmando la población de diversas comunidades. En *Cuentos románticos* (1896), Justo Sierra incluyó el cuento “La fiebre amarilla”; en él relata una génesis fantástica de esa enfermedad. Véase Justo Sierra, “La fiebre amarilla”, *Cuentos románticos*, México, Imprenta de la Viuda de Charles Bouret, 1896, pp. 408-418. Consúltese en <http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1080019409/1080019409.PDF>.

³³ Últimos versos de la advertencia que realiza Fañçois Rabelais [ca. 1483-1553] a sus lectores en *Gargantúa y Pantagruel* (1532-1564): “mejor es de risa que de llanto escribir, / pues lo propio del hombre es reír”. Fañçois Rabelais, *Gargantúa y Pantagruel*, Ángeles Cardona de Gibert [traducción, estudio preliminar, anotación y bibliografía], Barcelona, Bruguera [Libro Clásico, 56], 1971, p. 55.



Incógnita, se terminó de editar en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, el 25 de marzo de 2019. La composición tipográfica, en tipos Janson Text LT Std de 9:14, 10:14 y 8:11 puntos; Simplon Norm y Simplon Norm Light de 9:12, 10:14 y 12:14 puntos, estuvo a cargo de NORMA B. CANO YÉBRA. La edición estuvo al cuidado de SALVADOR TOVAR MENDOZA.